

Antón Costas

Una nueva belle époque

En España la riqueza de tan sólo 20 personas, unos 115.000 millones de euros, es equivalente a la del 30% de la población más pobre, unos 15 millones. Y esta diferencia continúa aumentando. En el último año, esas 20 personas vieron incrementada su riqueza en un 15%, mientras que la riqueza del 99% restante cayó un 15% en el mismo período.

Estos datos aparecen en el informe de Oxfam-Intermón publicado la semana pasada con el explícito título de *Una economía al servicio del 1%*, en que da noticia de la dramática desigualdad que existe y se está incrementando tanto en el mundo como en nuestro país.

Mi primera reacción cuando leo estas estadísticas es pensar que las cifras están mal; pero lo que está mal es la realidad. La tendencia es más intensa en los países anglosajones, con EE.UU. y el Reino Unido a la cabeza, que en los europeos continentales. Los españoles nos comportamos como anglosajones honorarios. Según señala el informe, España es el país de la OCDE en el que más ha crecido la desigualdad desde el inicio de la crisis, tan sólo por detrás de Chipre, y casi 10 veces más que el promedio europeo, incluso 14 veces más que en Grecia.

¿Nos ha de preocupar la desigualdad? Un buen amigo, empresario conocido, me pregunta “¿qué tienes contra la riqueza?”. Su pregunta sugiere que probablemente es la envidia o, lo que es peor, una mala evaluación de sus causas y consecuencias.

Mi preocupación tiene que ver con sus efectos. La desigualdad impide la existencia de una sociedad decente, debilita la democracia y asesina al capitalismo. La desigualdad es un poderoso disolvente de la cohesión social que necesita una democracia pluralista y una economía de mercado. Rompe los vínculos entre los que tienen y los que no y provoca la autoexclusión de los muy ricos. Ya lo dijo el novelista norteamericano Scott Fitzgerald en los años veinte: “Los muy ricos son diferentes de usted y de mí”. Para comprobarlo sólo hace falta un poco de memoria. Hace un siglo la desigualdad alcanzó niveles similares a los de ahora. Ese período es conocido como la belle époque, época que combinó aumento de

riqueza con una sociedad extremadamente desigual. Esa desigualdad estuvo detrás de la explosión de la Primera Guerra Mundial en 1914, del crac financiero de 1929 y de la Gran Depresión, del populismo, el fascismo y el nazismo de los años treinta y, finalmente, de la Segunda Guerra Mundial.

Sólo después de esos dramáticos sucesos vimos llegar la reducción de la desigualdad. Los años cincuenta, sesenta y setenta fueron la mejor etapa en este sentido. La causa fue una alteración del equi-

La desigualdad impide la existencia de una sociedad decente, debilita la democracia y asesina al capitalismo



JORDI BARBA

A. COSTAS, catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona

Miquel Seguró

El hombre en busca de sentido

Este es el título del libro más conocido de Viktor Frankl, psiquiatra fundador de la logoterapia y superviviente de los campos de la muerte nazis. La obra, ahora reeditada por Herder, es desde hace años un best seller de la psicología existencial. “No hay nada en el mundo capaz de ayudarnos a sobrevivir, aun en las peores condiciones, como el hecho de saber que la vida tiene un sentido”, glosa Frankl.

Que jóvenes europeos se inmolen en nombre del autodenominado Estado Islámico colapsa nuestras capacidades de explicación. Hablamos de vidas desestructuradas, de desigualdades socioeconómicas, de falta de integración y hasta de choque de civiliza-

ciones, pero ninguno de estos parámetros resuelve el terrible misterio de estos actos. ¿Qué logran con su muerte?

Cuenta Frankl que a menudo preguntaba a sus pacientes por qué no se suicidaban. Con ello buscaba hacerles patente qué es lo que realmente daba sentido a su vida (la familia, la vocación profesional, el conocimiento, la superación del dolor...). Sería tentador saber qué responderían estos jóvenes. Tentador y arriesgado, porque seguramente nos dirían que así dan sentido a su existencia. Una respuesta al porqué de la vida que todo lo justifica. Y en última instancia no podríamos rebatirlo racionalmente. Sí, ciertamente no lo compartiríamos, porque además en su nombre matan. Pero es justamente su opción de sentido, el principio de acción sobre el que fundamentan sus acciones.

La nuestra es una civilización desarrolla-

da, pero la cuestión del sentido de la vida, aquella que nos iguala a todos los humanos, ricos y pobres, blancos y negros, ateos y creyentes, no se trata con una pastilla ni depende de un depósito bancario. La vida se empecina una y otra vez en cuestionarnos con qué sentido la vivimos, y eso incomoda. Quizás por eso nos prestemos a mil y un (auto)engaños, espirituales sobre todo, pero también afectivos, sociales o profesionales.

El surgimiento del Estado Islámico tiene que ver también con la cuestión del sentido. Y eso en Occidente nos coge con el paso cambiado. Nuestra secularización no permite restauraciones religiosas ya superadas que compitan en dogmatismo. Eso sería, además de absurdo, temerario. Lo que más bien nos toca es repensar y profundizar en el sentido de nuestros valores y su materialización existencial.

libro de poder entre élites y masas en favor de estas últimas. Cien años después, estamos asistiendo a una inquietante efeméride: el retorno de una nueva belle époque que no presagia nada bueno.

¿Es la desigualdad inevitable? Algunos piensan que sí. Pero no lo crean. La extrema desigualdad que volvemos a ver tiene muy poco que ver con el cambio técnico y la globalización como con frecuencia se dice. Fundamentalmente, es el resultado de una ruptura en el equilibrio de poder entre élites y masas que comenzó en los años ochenta y sigue hasta hoy, con la crisis como acelerador.

Hay una diferencia importante entre la desigualdad normal y la extrema desigualdad, ese 1% del que habla el informe de Oxfam-Intermón. A propósito de esta diferencia, también en los años veinte el economista John Maynard Keynes señaló que podía mencionar muchas razones para justificar una cierta desigualdad, pero que no conocía ninguna que pudiese justificar la extrema desigualdad de la belle époque.

Ese comentario vale para hoy. ¿Qué hacer? Nuestros gobiernos están preocupados, pero la ven como inevitable. Como si fuese el resultado de una ley de la gravedad a la que no se puede escapar. Pero la experiencia de la posguerra nos dice que no hay nada inevitable que conduzca a esta desigualdad extrema.

El informe sugiere medidas fiscales y de otro tipo para remediarlo. Por mi parte, añado dos. En primer lugar, con la desigualdad hay que hacer como con la inflación, el déficit público o la prima de la deuda: medir, medir y medir. Lo que no se mide empeora; lo que se mide puede mejorar. En el informe hay un dibujo de *El Roto* muy ilustrativo. Se ven dos miembros de ese 1%. Uno dice, “Si el 1% de la población acumula el 99% de la riqueza, algo habrá que hacer”. A lo que el segundo personaje le contesta: “¿Prohibir las matemáticas?”. En segundo lugar, hay que incorporar al cuadro de mando de la política económica el objetivo de reducción de la desigualdad, como se hace con la inflación, el déficit o la prima de la deuda. De esa manera se generará una presión para reducir la desigualdad.

La desigualdad es la enfermedad del siglo XXI. Pero no tiene nada de irremediable. Está en nuestras manos evitarla. Aunque no será fácil. Pero hay que evitar el retorno de una nueva belle époque por los recuerdos inquietantes que trae.●

Pilar Rahola



Confianza

Mostrar ingenuidad es, para un analista político, el peor de los pecados. De manera que cuando alguien me suelta el simpático palabro, me pongo casco porque ni con cariño está dicha la cosa con cariño. En este territorio comanche, uno puede ser ácido y agresivo, pero nunca debe mostrar esa imperdonable “debilidad”. Es evidente que por estos lares no triunfa Confucio, que abogaba por conservar siempre la ingenuidad de la infancia. Y puede que sea cierto que la tal inocencia sea útil para la vida, pero muy inútil para la radiografía de la política.

La cosa viene a cuento de lo que he sostenido sobre el papel de Podemos respecto de Catalunya. Sobra decir que me siento alejada de este flanco político, muy crítica con algunos de sus populismos desatados, algunos de sus deplorables amigos internacionales y algunos de sus conatos mesiánicos. Si el diablo está en los detalles, hay detalles de Podemos que no digiero ni con Almax. Pero más allá de las divergencias evidentes, es de nobleza reconocer que por fin hay un interlocutor en la arena política española que no tiene apuros en afirmar lo que, en España, es una verdad histórica pero nunca una verdad política: que Cata-

Hace quince minutos Catalunya estaba sola, y ahora tiene un interlocutor central en España

lunya es una nación; y que, como toda nación, tiene el derecho a decidir su destino. Estas dos afirmaciones, que son tan obvias para los catalanes –incluso para la mayoría de los contrarios a la independencia–, pasan a ser una especie de tabú maligno para los políticos españoles, sea el flanco de la derecha y sus cruzadas nacionalcatólicas, sea el de la izquierda y sus traiciones ideológicas.

Durante décadas se ha conjurado un pensamiento único inflexible e inapelable que ha tratado a Catalunya como una autonomía problemática, poblada de irredentos fanáticos, y no como lo que es, una nación reclamando sus derechos. De hecho, en general sólo hemos reclamado un trato menos desigual.

La virtud de Podemos es la claridad y falta de complejos con que al pan le llaman pan, y al vino, vino. Después añaden que quieren una España unida, que hay que encontrar un encaje, etcétera, lo cual es todo lícito y lógico. Pero como mínimo los catalanes podemos escuchar en *prime time* político un relato que no se había oído en siglos: el respeto a nuestra condición nacional.

Es aquí, en ese punto, donde amigos, saludados y colegas me dicen que Podemos no es de fiar, que cuida mi ingenuidad y que, al final, van a aterrizar en el mismo lugar que todos: España no se toca. Puede, pero también es obligado dar un poco de confianza a quienes se han comprometido en defender algo tan difícil en las Españas. Hace quince minutos Catalunya estaba sola, y ahora tiene un interlocutor que es central en la política española. No es una cosa menor, sobre todo porque introduce el concepto de diálogo en una agenda política basada en la represión. Y este cambio es tan necesario para quedarse como para irse.●

M. SEGURÓ, investigador de la cátedra Ethos-Universitat Ramon Llull